

Theodore J. Lewis ocupa la Cátedra Blum-Iwry de Estudios del Oriente Próximo en la Universidad estadounidense de Johns Hopkins, aunque también fue profesor en Harvard y Georgia. Es experto en estudios semíticos, en la Biblia hebrea e historiador de la religión. Este libro, fruto de sus últimas investigaciones, recibió el Premio Frank Moore Cross 2020 de la American Schools of Oriental Research por ser el volumen más sustancial relacionado con la historia y la religión del antiguo Oriente Próximo y el Mediterráneo Oriental; el Premio a la Excelencia en el Estudio de la Religión: Estudios Históricos de la American Academy of Religion 2021; y, el mismo año, el Premio de la Sociedad de Arqueología Bíblica por el mejor libro relacionado con la Biblia hebrea.

La obra que nos ocupa está dividida en diez capítulos que se sumergen en la antigua religión de Israel. El autor pone de manifiesto, desde la introducción, que aborda el tema de Dios no como teólogo, sino como historiador. Lo que busca es estudiar la religión del antiguo Israel a partir de su contexto histórico, específicamente en las sociedades de Siria, Irak, Jordania, Líbano y Egipto, territorios que desempeñaron un papel significativo en la formación de la religión que estamos tratando. Este enfoque implica explorar la divinidad como una ventana hacia los aspectos históricos, sociológicos, rituales, ideológicos y estéticos de este culto. En contraste, un teólogo trataría el tema desde una perspectiva más cercana a la fe, y buscaría comprender a Dios a través de textos religiosos y doctrinas.

Así pues, se nos ofrecen diferentes contextos culturales y sociológicos que fueron cruciales para moldear la forma en que judíos, cristianos y musulmanes han llegado a entender a Dios a lo largo de la historia.

En el segundo capítulo, Lewis establece un marco histórico y se enfoca en el estudio de los diferentes actores religiosos del antiguo Israel. Se discute la importancia de darle a Dios su debido lugar y explica cómo ejercían su labor los intermediarios divinos, a los cuales divide en tres grupos principales: reales, sacerdotales y proféticos. En primer lugar, los intermediarios reales se corresponden con los monarcas y otros líderes políticos que utilizaban la religión para obtener, asegurar y legar el poder. Esto se puede percibir claramente en las historias bíblicas sobre reyes como David y Salomón. Sin embargo, se hace mención de otros gobernantes que promovieron reformas religiosas significativas, como Josías. Por otro lado, los intermediarios sacerdotales eran aquellos líderes religiosos que desempeñaban un papel importante en los rituales del templo y otros aspectos del culto, pues eran los responsables de realizar sacrificios, interpretar la ley, enseñarla y velar por su cumplimiento. Finalmente, los intermediarios proféticos eran los que recibían mensajes directamente de la divinidad y los transmitían al pueblo. En su caso, es importante tener en cuenta las diferentes formas en que los profetas experimentaron y comunicaron estos mensajes divinos a través de visiones, sueños o éxtasis.

El tercer capítulo se centra en la metodología utilizada a la hora de estudiar la religión israelita. El autor menciona que los historiadores de este ámbito del conocimiento suelen hablar más desde una teoría antropológica, arqueológica, ritual y social, que sobre la necesidad de llevar a cabo una crítica textual. Sin embargo, en nuestro caso, la crítica textual es una herramienta fundamental, debido a que la Biblia hebrea es la fuente primaria de información con múltiples capas de transmisión en sus textos. Asimismo, pone de manifiesto las dificultades que existen al abordar la religión israelita antigua, entre las que se incluyen la gran distancia que hay respecto de esta, y el hecho de que contamos con escasos materiales textuales y arqueológicos. Esto complica, por tanto, el estudio de las creencias y prácticas religiosas antiguas y la obtención de una imagen completa. A pesar de estos desafíos, se han realizado avances tanto en análisis literarios, redaccionales y sociales, como en el manejo de registros arqueológicos que han

permitido a los investigadores entender mejor y acercarse más a esta cultura, aunque todavía haya mucho por avanzar en este terreno.

A partir del cuarto capítulo, Lewis declara que los historiadores de religión deben mantener una mente abierta y considerar múltiples hipótesis cuando tratan de explicar acontecimientos históricos complejos. Además, sugiere que estos estudiosos deben ser cuidadosos con los datos, analizarlos en su contexto y no sacar conclusiones precipitadas. Más adelante, se exploran aspectos específicos de la religión, concretamente, desde el culto a El. Hallamos algunos ejemplos de su aparición en escritos antiguos y su importancia en la religión, por un lado, en los textos ugaríticos, que datan del siglo XIV al XII a.C. En estos testimonios, El es descrito como el padre de los dioses y el rey del panteón. También se le atribuyen características como la sabiduría y el poder. Por otra parte, en una carta de Amarna desde Jerusalén, fechada en el siglo XIV a.C., se encuentra el término acadio “ugaru” para designar el campo. Esta palabra parece ser una referencia a El como una divinidad asociada con la tierra y las cosechas. En el mito hitita de Elkunirsha y Ashertu del siglo XIII a.C., que se conserva de manera fragmentaria, también hay vestigios de la figura de El, lo cual significa que era conocido en la península de Anatolia como una figura divina importante. Finalmente, podemos hallarlo en los textos bíblicos hebreos, por ejemplo, en Génesis 14:18-20, Melquisedec es descrito como un sacerdote de El Elyon, que se traduce como “Dios Altísimo”; en Deuteronomio 32:8-9, se hace referencia a este como el creador y padre de los dioses; y en el Salmo 82, se presenta como un juez divino que preside en lo alto del panteón.

Si nos remontamos a la Edad del Hierro, la figura de El parece haber perdido relevancia en algunas regiones, mientras que en otras se fusionó con otras deidades. En Israel, por ejemplo, perdió su independencia y se fusionó con Yahweh, el dios de los hebreos. Esto se puede ver en el uso del nombre “El” como epíteto para Yahweh en algunos textos bíblicos, como en el Salmo 18. No obstante, en otros lugares de la región del Levante, como Ugarit y Fenicia, El continuó siendo una figura importante en el panteón divino. En Ugarit, por ejemplo, era considerado rey y padre de los dioses. En Fenicia, se fusionó con Baal para formar la figura compuesta de Baal-El.

El quinto capítulo gira en torno a la tradición anicónica en la antigua Israel, que se refiere a la idea de no representar lo divino de forma física. El autor insiste en que esta tradición ha sido malinterpretada por los historiadores de la religión y que algunos círculos de la sociedad judía conocían y practicaban la iconolatría. De este modo, plantea una discusión sobre el uso de la iconografía en el estudio de las religiones antiguas. Señala que los estudiosos a menudo han ignorado el papel de las imágenes divinas, y esto ha generado una comprensión incompleta y errónea de ellas. Por tanto, es necesario tener en cuenta tanto las prácticas anicónicas como las icónicas. De hecho, muchas culturas antiguas creían que las imágenes eran una forma legítima de comunicarse con lo divino y que estas podían ser utilizadas para representar a los dioses o para invocar su presencia.

Aun así, había algún ejemplo de aniconismo, como ocurre con los hebreos. Esta tradición se remonta al Decálogo de los diez mandamientos, en el que se prohíbe hacer imágenes talladas o esculpidas para adorarlas como dioses. Sin embargo, el autor indica que esta prohibición no trae consigo que los israelitas no conocieran o practicaran la iconolatría, sino más bien que estaban tratando de establecer una distinción clara entre su religión y las de los pueblos vecinos.

En otras culturas antiguas, como la egipcia y la mesopotámica, las representaciones divinas eran parte integral del culto, y se utilizaban en diferentes contextos, desde los templos hasta los hogares privados. Estas imágenes podían ser antropomórficas, teriomórficas, astrales o vegetativas.

No obstante, en el antiguo Israel, había muy pocos ejemplos físicos de lo divino. Esto sugiere que la tradición anicónica era muy importante para ellos, tal como hemos comentado, y

que estaban tratando de establecer una relación única con su Dios de otra manera, a través de prácticas como el sacrificio animal y la oración como medio de comunicación.

En el sexto capítulo, Lewis explica que el origen de Yahweh es un tema complejo y controvertido. Algunos estudiosos creen que esta era originalmente una deidad cananea, mientras que otros argumentan que era un dios exclusivo de Israel. La opinión del autor es que es muy probable que la verdad se encuentre en algún punto intermedio. El culto a El en Israel se remonta a tiempos antiguos, y es que su presencia se remonta a las primeras narrativas bíblicas, como en Génesis 49:25. Además, el autor declara que el propio nombre “Israel”, que está compuesto de El como elemento teofórico, es lo que se esperaría para grupos de personas que miraban hacia este, y no hacia Yahweh, como su deidad fundadora. Asimismo, hace hincapié en que los antiguos no estaban tan interesados en el desarrollo histórico de la religión como lo está un historiador moderno. Para ellos, era más importante presentar una historia unificada que destacara la preeminencia de Yahweh como una tradición antigua. De esta manera, utilizaron los epítetos y atributos de El a Yahweh para enfatizar su conexión ancestral. Por su parte, los autores bíblicos también pensaban que era crucial establecer una unión entre los patriarcas y Yahweh. Según estos, sus antepasados nunca adoraron a dos dioses separados con los nombres de El y Yahweh, aunque un historiador de la religión podría afirmar lo contrario.

A partir del séptimo capítulo, el autor abre otro debate, esta vez sobre si Yahweh fue representado de forma antropomórfica o teriomórfica. Aunque no hay consenso sobre este tema, se puede recurrir al examen de las fuentes literarias y arqueológicas para poder decantarse por una u otra opción. Por un lado, la literatura bíblica describe a Yahweh como un ser invisible, sentado sobre querubines alados. Al mismo tiempo, la cultura agrícola del antiguo Oriente Próximo utilizaba imágenes animales para describir a los dioses. Más adelante, Lewis se centra en la iconografía teriomórfica de Yahweh, y comenta que esta es una cuestión que ha causado aún más debate que la antropomórfica. En este caso, la literatura bíblica describe decoraciones animales en el templo de Jerusalén, como toros adornando el Mar Fundido y soportes cultuales con leones, querubines e íbices emparejados.

En los tres últimos capítulos se analiza la representación de la deidad Yahweh desde diferentes puntos de vista: como guerrero, dios de la familia, rey y juez.

En el capítulo 8 Lewis se centra en la caracterización de la deidad Yahweh y en su evolución a lo largo del tiempo. En la introducción, se señala que los escritores y editores de lo que ahora conocemos como la Biblia hebrea presentaron una visión del dios completamente en línea con las tradiciones que heredaron de El. Aunque ambas tradiciones se han fusionado en la Biblia hebrea, no hay pruebas de que hubiera facciones enfrentadas entre los sacerdotes de una y otra. Asimismo, se profundiza en cómo los cambios históricos, sociológicos y culturales llevaron a retratar a Yahweh de maneras diferentes. En particular, se discute cómo los antiguos hebreos lo veían como un guerrero divino que luchaba contra sus enemigos para proteger a su pueblo elegido. Lo concebían, pues, como un dios protector de la familia, que cuidaba de sus seguidores y les proporcionaba seguridad y estabilidad. A medida que avanza el capítulo, el autor afirma que el exilio babilónico influyó en la comprensión del papel divino en el mundo, y se analiza el modo en que los profetas hebreos reinterpretaron las tradiciones antiguas para adaptarlas a su contexto histórico.

Desde el principio del capítulo noveno, el autor destaca la importancia del concepto de Yahweh como rey en la Biblia hebrea, metáfora que se encuentra en consonancia con nuestra concepción del Dios del Antiguo Testamento. Lewis también afirma que entender la idea de realeza que tenían los israelitas es difícil para los lectores modernos, pues nuestra concepción de la monarquía ha evolucionado significativamente desde entonces. Además, menciona que los antiguos gobernantes buscaban legitimar su poder a través de la autoridad y el poder de sus dioses, tal como hemos comentado. Por lo tanto, vemos que Yahweh era considerado un instrumento y aliado importante para estos reyes israelitas.

Por otro lado, advierte que las representaciones literarias de los monarcas en la cultura popular influyen e, incluso, llegan a distorsionar nuestra manera de entender el verdadero papel y función de los reyes israelitas. Ejemplo de ello lo tenemos en muchas películas en las que los gobernantes se retratan como figuras, bien heroicas, bien villanas, lo cual puede llevar a una simplificación excesiva del complejo papel que desempeñaron en la sociedad de su momento. Por último, señala que Yahweh es retratado como un juez en la Biblia hebrea, imagen también muy importante para nuestra concepción de Dios. En este caso, eran los profetas los que, a menudo, utilizaban la imagen de la divinidad como juez para denunciar la injusticia y la opresión en la sociedad israelita.

En el décimo capítulo, Lewis destaca la importancia de la santidad divina en la religión israelita. Según él, esta cualidad es lo que constituye la naturaleza más profunda e interna de Dios en el Antiguo Testamento. Es interesante que este concepto de santidad en Yahweh es único en comparación con otras culturas semíticas del noroeste. En lugar de ser una propiedad abstracta o moral, concebir a la divinidad como santa se relaciona con su poder y su capacidad para actuar en el mundo. Asimismo, el autor manifiesta que los profetas y otros escritores bíblicos describen a Yahweh como el Santo, como ocurre, en particular, en algunas referencias al “Santo de Israel” en Isaías y en otros libros proféticos.

En definitiva, este libro nos ofrece un estudio completo de la religión del antiguo Oriente Próximo, aunque, como declara Lewis, llevar a cabo una investigación exhaustiva de todos los temas relacionados con ella sería imposible en un solo volumen. Del mismo modo, las muestras sintéticas que se presentan a lo largo de sus páginas son lo suficientemente sólidas como para seguir abordando muchas de las complejidades centrales que giran en torno a este tema. En esta misma línea, pone de manifiesto la relevancia de otros aspectos que no pudieron ser cubiertos en profundidad, tales como la divinidad femenina, la pluralidad del dios y las representaciones preternaturales, que merecen ser tratados de manera independiente en obras especializadas, por lo que abre la puerta a futuras investigaciones y publicaciones.

Finalmente, uno de los puntos más importantes que hallamos a lo largo de la obra es el hecho de que el autor aboga por una investigación certera, contextualizada y alejada de cualquier dogma e idolatría, y se basa en gran medida en las fuentes textuales que nos proporciona la Biblia y la multitud de representaciones escultóricas y textuales que se conservan de la época a la que hemos estado haciendo referencia.

**Julio Abel Hernández López**  
Universidad de La Laguna  
julioherlop94@gmail.com